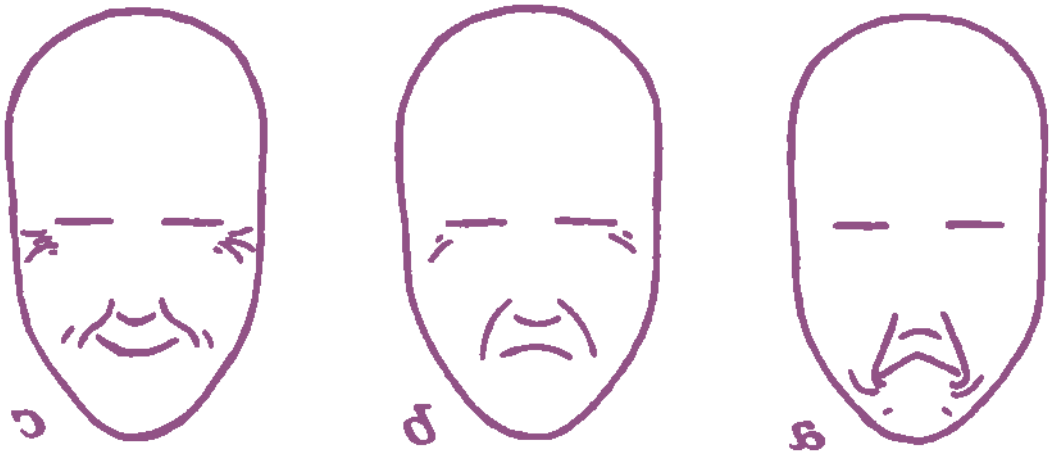

Foucault, sexualidad infantil y uso de su obra

ROQUE FARRÁN

Hermann Braus, Anatomie des Menschen: ein Lehrbuch für Studierende und Ärzte (1921)

Hay varias discusiones que se mezclan deshonestamente en torno al reciente affaire Foucault (aunque habría que llamarlo affaire Sorman)[1]:

1) La sexualidad infantil y los abusos invisibilizados por diversas posiciones ideológicas (izquierdistas, progresistas o derechosas), un tabú de nuestra cultura que está saliendo a la luz y que muestra el verdadero agujero negro que es para nosotros, cual sea el nivel de formación intelectual, la sexualidad humana.

2) La cultura de la cancelación, la subjetividad troll y la pusilanimidad ante la incorrección política que asola nuestros paupérrimos debates intelectuales en la era de la desinformación y las *fakes*, donde todo se resuelve en cómodas grietas, y para llamar la atención (vender periódicos o libros) hay que arrojar cualquier basura que escandalice pasajeramente a la escena pública.

3) La dificultad para leer y formarse sin caer en idealizaciones de personajes infatuados (lugar que incluso ellos mismos rechazaban), sin la necesidad de autorizarse solo como "el" especialista, pensando en nombre propio los problemas de nuestra cultura y produciendo conceptos que se nutren de diversos autores y tradiciones de manera crítica y singular (como ellos mismos hacían).

Por supuesto que estas tres dimensiones se entrelazan y a su vez nos abren distintos debates y posicionamientos; pero la tensión simplificadora en que se producen los discursos actuales, desde la matriz hegemónica, nos conduce a la oposición escandalizada o nega-

[1] Lundi Matin, "Michel Foucault y el bullshit de Guy Sorman", en *Jacobin Magazine*, 8 de abril de 2021 (En línea: https://jacobinlat.com/2021/04/08/las-misas-negras-de-michel-foucault-y-el-bullshit-de-guy-sorman/); Edgardo Castro, "Foucault, la pedofilia y mucho más", en Suplemento Soy de *Página 12*, 9 de abril de 2021 (https://www.pagina12.com.ar/334032-foucault-la-pedofilia-y-mucho-mas)

dora sin consecuencias, sin transformación alguna. Lo que nuestra propensión al escándalo dice de nosotros.[2]

Los artículos de Lundi Matin y Edgardo Castro son los más informados sobre la naturaleza del rumor, como de los textos de Foucault referidos a ese punto problemático (aunque sintomáticamente no mencionan la entrevista a Voeltzel), pero no llegan a problematizar por qué tienen éxito este tipo de movidas: el punto álgido donde todos estamos implicados y contribuimos a ello, esa crítica de nosotros mismos que Foucault formuló antes de morir. Este escrito que propongo, junto a otros, es parte de ese ejercicio crítico que nos debemos dar para constituirnos de otro modo.

*

Foucault, a fines de los 70, dice cosas muy groseras sobre la sexualidad infantil. En la entrevista sobre la Ley del pudor (1978), por ejemplo, banaliza el saber de los psicoanalistas sobre la especificidad de la sexualidad infantil pero, a su vez, en la entrevista con Voeltzel (1978) cuenta una anécdota donde queda clara su propia confusión al respecto; hay un desnivel muy pronunciado en relación a su habitual agudeza. En cuanto a lo primero, relativiza y hasta parece burlarse del saber psicoanalítico que traza una distinción entre la sexualidad infantil y la sexualidad adulta, como también pone en duda que ese saber sea usado por la ley para proteger a una población definida como "vulnerable". Lo cito *in extenso* porque repone de manera ejemplar los argumentos que luego se le volverán en contra cuando él mismo exponga su punto de vista en la otra entrevista:

> De ahí una legislación que recurre a ese concepto de población vulnerable, de "población de alto riesgo", como se dice, y a todo un conocimiento psiquiátrico o psicológico impregnado de psicoanálisis —que este sea bueno o malo importa poco en el fondo—, y ello dará a los psiquiatras el derecho de intervenir dos veces. En primer lugar, y en términos generales, para decir: "Sí, por supuesto, los niños tienen una sexualidad, no podemos volver a antiguas quimeras que nos hacían creer que el niño

[2] Véase el libro de de Sutter, Laurent, *Indignación total*, Adrogué, La Cebra, 2020.

> era puro y no sabía lo que era la sexualidad. Pero nosotros, los psicólogos, los psicoanalistas, los psiquiatras, los pedagogos, sabemos perfectamente bien que la sexualidad de los niños es una sexualidad específica, con sus propias formas, con sus propios períodos de maduración, con sus puntos álgidos, con sus impulsos específicos, y también con sus períodos de latencia. La sexualidad infantil es un territorio con su propia geografía, en el que el adulto no debe penetrar. Un territorio virgen, un territorio sexual, desde luego, pero un territorio que debe conservar su virginidad". El adulto intervendrá así como garante de esa especificidad de la sexualidad infantil, con el fin de protegerla. Y por otra parte, en cada caso concreto dirá: "Nos hallamos ante el caso de un adulto que ha mezclado su sexualidad con la sexualidad de un niño. Es posible que el niño, con su propia sexualidad, haya deseado a este adulto, puede incluso haber consentido, puede incluso haber dado el primer paso. Podemos admitir incluso que es él el que ha seducido al adulto. Pero nosotros, con nuestro conocimiento psicológico especializado, sabemos perfectamente que aunque sea el niño el que seduzca, siempre correrá un riesgo, y que en todos los casos sufrirá algún daño y algún trauma por el hecho de mantener relaciones con un adulto. Por lo tanto, el niño debe ser «protegido de sus propios deseos», aun cuando sus deseos le lleven hacia un adulto". El psiquiatra será el que podrá decir: "Puedo pronosticar que se producirá un trauma de tal o tal magnitud como consecuencia de tal o tal tipo de relaciones". Por lo tanto, sobre el nuevo marco legislativo —dirigido básicamente a proteger a ciertos sectores vulnerables de la población mediante el establecimiento de un nuevo poder médico— se basará una concepción totalmente cuestionable de la sexualidad y, sobre todo, de las relaciones entre la sexualidad infantil y la sexualidad adulta.[3]

Hasta ahí uno podría decir que es el Foucault que conocemos (Foucault haciendo de Foucault, aunque de un modo algo esquemático y forzado): critica cierta instrumentalización del saber que daría fuerza a una ley al definir una población y estigmatizar sujetos. No obstante, lo más paradójico es que en este caso no se trata tanto de señalar a los "individuos peligrosos" como de proteger a niños vulnerables; estamos hablando de una ley que interviene en una re-

[3] Michel Foucault, Diálogo de Michel Foucault con Guy Hocquenghem y Jean Danet durante un programa de radio dirigido por Roger Pillaudin y emitido por France Culture el 4 de abril de 1978. La transcripción fue publicada originalmente en francés con el título "La Loi de la pudeur" en la revista *Recherches*, n.º 37 (abril 1979).

lación de poder. Si bien Foucault apunta que se debe escuchar caso por caso lo que relatan los niños, pareciera que su objeción masiva a la ley no está a la altura de la singular materia en cuestión: la sexualidad y las relaciones de poder que ella entraña (o peor: la dominación y el abuso). Por otra parte, salta a la vista el desnivel intelectual que afecta el abordaje de esta materia en la conversación sostenida con Voeltzel, sobre todo en esta anécdota que el mismo Foucault relata (Foucault ya no parece Foucault, hasta nos da vergüenza ajena lo irrisorio de su apreciación):

> El otro día, con D. [Daniel], estábamos en una tienda comprando el periódico o algo así y había un niño con su madre. La madre le regañó por algo, no sé exactamente por qué, no prestamos atención; y entonces se abalanzó sobre D. Era un niño de cinco, seis años, a lo mejor ni eso, cuatro, cinco años, se pegó literalmente a su culo, con los brazos rodeando el culo de D., la boca a la altura de su sexo, y la madre le dijo: "Te has confundido, ven conmigo", y efectivamente el niño no miraba a quién estaba agarrado, como si no quisiera verlo, y la madre fingía creer y creía que el niño se había confundido y que lo que quería era agarrarse a ella; decía: "¡Si te quedas con este señor, te va a llevar con él!". Y el niño no decía nada, y D. le dijo: "Bueno, ¿qué? ¿Te quieres venir conmigo?". Y el niño sacudía la cabeza diciendo que sí, y la madre estaba cada vez más enfadada y decía: "Pero, a ver, ¡estás viendo perfectamente que te has confundido! ¡Mira, mira quién es! ¿No ves que no soy yo?". Y el niño seguía agarrado, y claramente no quería en absoluto irse con su madre, quería seguir agarrado a esa pierna y a ese hombre al que, sin embargo, apenas había mirado. Y estoy absolutamente convencido de que si D. le hubiera dicho: "Ven", el niño se habría ido con él y habría dejado ahí a la madre, que fingía creer que el niño se había confundido de identidad.[4]

El concepto de población y su crítica masiva no se ajustaban al caso singular. No por casualidad Foucault se encontraba ante un impasse sexual con todas las letras, literal y literario: su *Historia de la sexualidad* había quedado suspendida en el enfoque productivo del poder, expuesto en el Tomo I (*La voluntad del saber*), y parecía no haber salida para la crítica cuestionadora del saber-poder (¿desde dónde?). Pero un cambio de enfoque y problemática se aproximaba.

[4] Voeltze, Thierryl. *Veinte años y después. Conversaciones con Michel Foucault*, Adrogué, La Cebra, 2019, p. 52.

Los otros dos Tomos (*El uso de los placeres*, *La inquietud de sí*) recién serían publicados el año de su muerte y mostrarían apenas un esbozo de ese viraje emprendido en los 80 en torno a la subjetividad y la verdad: las prácticas de sí, el cuidado de sí, el gobierno de sí y de los otros, la ontología crítica. La sexualidad es allí solo una parte del cuidado de sí, ya no se trata de inscribirla junto a otras conductas en dispositivos de saber-poder, sino de cómo los sujetos pueden acceder a su propia formación en un proceso de autonomización creciente. No sabemos qué habría dicho de la niñez y la sexualidad en este nuevo paradigma que se abría, pero sin dudas no hubiese avalado la pedofilia simplemente para objetar los mecanismos de control de las poblaciones. Sucede que había descubierto otros tantos modos de asumir la responsabilidad y la importancia de la abstinencia en las prácticas de sí antiguas: ante la comida, la bebida, los lujos, las lecturas, la ira, los infortunios, la enfermedad, la muerte, e incluso la sexualidad.[5] La relación con el psicoanálisis se había reanudado: Lacan, según Foucault, era el único que reponía el lazo entre sujeto y verdad como en las prácticas de formación de la antigüedad.[6] Nadie, mucho menos un intelectual o investigador, está exento de cometer errores, incluso aberrantes; el asunto es tener el coraje de rectificarse a tiempo.

Sin lugar a dudas, los acosos, los abusos, las violaciones son un asunto muy serio que afecta a la sociedad en su conjunto. No podemos hacernos los distraídos ni minimizar esos actos de ningún modo, tampoco delegarlos a especialistas en derecho o salud públi-

[5] Es sabido que Foucault dedica sus últimos cursos en el Collège de France al estudio de las prácticas de sí, el gobierno de sí y de los otros en la antigüedad greco-romana; de hecho, tenía previsto publicar con editorial Seuil un libro que reuniera esos trabajos, pero solo alcanza a publicar el hermoso texto "La escritura de sí".

[6] "Me parece que todo el interés y la fuerza de los análisis de Lacan radican precisamente en esto: que él fue, creo, el único desde Freud que quiso volver a centrar la cuestión del psicoanálisis en el problema, justamente, de las relaciones entre sujeto y verdad. Vale decir que, en términos que son, por supuesto, absolutamente ajenos a la tradición histórica de esta espiritualidad, sea la de Sócrates o la de Gregorio de Nisa, y de todos sus intermediarios, en términos que eran los del saber analítico mismo, Lacan intentó plantear la cuestión que es histórica y propiamente espiritual: la del precio que el sujeto debe pagar para decir la verdad, y la del efecto que tiene sobre él el hecho de que haya dicho, que pueda decir y haya dicho la verdad sobre sí mismo. Al recuperar esta cuestión, creo que hizo resurgir efectivamente, desde el interior mismo del psicoanálisis, la más antigua tradición, la más antigua interrogación, la más antigua inquietud de la *epimeleia heautou*, que fue la forma más general de la espiritualidad." Foucault, Michel. *La hermenéutica del sujeto: Curso en el Collège de France: 1981-1982*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014, pp. 43-44.

ca. La posibilidad misma de constituir una erótica del pensamiento, un modo de transmisión que sea honesto intelectualmente, está puesta en juego. La afectividad no es un asunto menor en la enseñanza y la investigación, el aumentar nuestra potencia de obrar y generar afectos alegres es clave para la práctica filosófica. Si bien son cuestiones que ha visibilizado sobre todo el feminismo, en sus luchas políticas y reivindicaciones, si deseamos sostener la capacidad de invención y juego del pensamiento, con toda su seriedad, lo primero que tenemos que hacer es dejar que caiga definitivamente lo que tiene que caer: las idealizaciones que dan lugar a la tontería y a la canallada. Pues la invisibilización de la violencia, incluso la dificultad para nombrarla y responder a ella con valor, es correlativa a la imposibilidad de pensarnos como *causa adecuada* de lo que nos afecta.

No obstante, así como la filosofía *de* Heidegger no quedó invalidada luego de su compromiso con el nacionalsocialismo, ni la filosofía *de* Althusser luego de que asesinara a su mujer, ni el pensamiento *de* Poulantzas luego de que se arrojara por la ventana, ni la escritura *de* Borges después de haber mostrado sus simpatías hacia la dictadura de Videla, etc.; tampoco la filosofía *de* Agamben será refutada simplemente por las barbaridades que ha dicho en torno a la pandemia ni la obra *de* Foucault por lo que dijo en torno a la ley del pudor. Por supuesto que ese "de" no indica una propiedad privada, ninguna filosofía es coto de nadie, sino un modo de indagación público que puede ser usado diversamente. Nadie puede pretender que la materialidad del pensamiento, su uso, se reduzca a las personas que eventualmente asumen un decir, una indagación, un estilo, etc. Pero sí hay que saber cuál es el punto donde esa persona se extravía, retrocede ante el deseo y comienza a generar defensas y reacciones en cadena que lo envilecen y estupidizan todo.

Por tanto, no hay que separar la vida de un autor de su obra; hay que practicar dos separaciones en simultáneo: al interior de la vida y al interior de la obra. Por un lado, separar en la vida lo que hay de personal y patético (eso en lo cual nos reflejamos todos y no queremos ver de nuestra propia mancha) de aquella otra vida singular e impersonal alcanzada (eso que habrá devenido absolutamente cualquiera y comunicable a la mejor parte de nosotros). Por otro lado, separar en la obra lo que se le atribuye a un autor masivamente, rasgos que hacen a la idealización y pretensión de originalidad según una valoración del conjunto, de aquellos trazos o torsiones singulares que ha producido en nombre propio y se sustraen a la lógica del valor. Ambas partes seleccionadas en torno a la vida y la obra se comunican entre sí, son indisociables, hacen a lo real transmisible y se abren al uso, independientemente de idealizaciones, desestimaciones y banalizaciones. Un verdadero trabajo de lectura y recepción, lejos de la moda o la escolástica, se dedica a despejar en una obra las conexiones inmanentes entre vida y concepto, porque sabe que de ello depende su deseo.

En definitiva, lo que falla no es la articulación entre teoría y práctica, vida y concepto, sino que las prácticas mismas (incluida la práctica teórica) no nos transforman materialmente cuando no media el deseo. En efecto, hemos perdido toda confianza en nuestras posibilidades modernas de transformación, y la interpelación al empobrecido sujeto del conocimiento ya no atrae a nadie; al contrario, produce espanto o inquina. En medio del abuso comunicacional que reproducen los medios sin cesar, hay otras interpelaciones posibles: éticas, estéticas y políticas que pueden enriquecer al vaciado sujeto epistémico y habilitar la transformación necesaria para afrontar este tiempo muerto. No se trata de idealizar a nadie en particular, ni luego destruir y cancelar completamente su modo de hacer, pues somos sujetos atravesados por múltiples contradicciones, interpelaciones y pasiones. Hay que analizar caso por caso y escuchar la singularidad de quien sufre en relaciones de poder desiguales. Pensar en términos de problemáticas complejas que reúnen prácticas diversas y no totalizaciones homogeneizantes, quizá sea el mejor modo de separar nuestras limitaciones personales del acceso al pensamiento material del tiempo. Cuestión que depende de una ascesis, un ejercicio de autoexamen transformador, y no solo del trabajo de archivo sapiente: un "severo ejercicio de despersonalización",[7] como decía Deleuze, respecto del uso del nombre propio.

[7] Deleuze, Gilles. *Lógica del sentido*, Buenos Aires, Paidós, 2005, p. 14.